

**ARTERIAS EN ESPIRAL
PARA UN RECUERDO
CON LUZ NEÓN**

DE H. IVÁN ARIZMENDI GALENO

**ARTERIAS EN ESPIRAL
PARA UN RECUERDO
CON LUZ NEÓN**
DE H. IVÁN ARIZMENDI GALENO

EDITORIAL



ANTROPÓFAGOS

COLECCIÓN SUBTERRÁNEOS / 2

COLECCIÓN SUBTERRÁNEOS

Primera Edición: Octubre de 2016

Segunda Edición, Junio de 2017

© *Arterias en espiral para un recuerdo con luz neón* de H. Iván Arizmendi Galeno, 2014

Diseño de colección: Javier Márquez

Imagen de contratapa: Laura Muñoz

Reservados todos los derechos.

/Registro en trámite. Queda prohibido estrictamente cualquier uso indebido del contenido: obras, fotografías y diseño, así como el nombre de las mismas en conjunto o por separado; al igual que su reproducción total o parcial sin el permiso escrito por el o —en su caso— los autores.

CONTACTO: demian386@hotmail.com

editorialantropofagos@gmail.com

PÁGINA WEB: <http://antropofagos.wixsite.com/editorial>

BLOG: <http://editorial-antropofagos.blogspot.mx>

COLECCIÓN SUBTERRÁNEOS

Esta colección surge como parte de una nueva época de la Editorial Antropófagos. A diferencia del primer periodo del grupo, aunque seguimos teniendo algunas coincidencias, hemos tomado caminos diversos y encontrado voces con las que podemos individualizarnos. Nuestros huesos, vísceras y sistemas nerviosos han crecido hacia dentro, debajo de la tierra; se han vuelto cables de alta tensión que transitan por los túneles del subterráneo y las coladeras, estableciendo conexiones arbitrarias. A su vez, hemos decidido también evaporar nuestras grafías para que se mezclen con el smog de la nube. Con esta colección, nos abrimos paso a la línea digital que, por modos de producción textual, nos interesa ahora. Esto nos permite tener la extensión y los recursos que necesite cada poética de cada obra en particular. Nos hemos vuelto más reflexivos, masticamos nuestras propias entrañas, e invitamos a más autores de diversos medios a reflexionar/atragantarse con nosotros sobre la escena y literatura contemporáneas.

Subterráneos surge, entonces, como una colección donde no sólo conviven los autores sino que ellos mismos pueden convivir con sus poéticas, con sus propias deformaciones, contradicciones y pesadillas.

Antropófagos

EDITORIAL ANTROPÓFAGOS

**ARTERIAS EN ESPIRAL
PARA UN RECUERDO
CON LUZ NEÓN**
DE H. ÍVAN ARIZMENDI GALENO

EL RECUERDO DE MIS ARTERIAS QUE HAN SIDO ESPIRAL

Eduardo Sarabia

ARTERIAS EN ESPIRAL PARA UN RECUERDO CON LUZ NEÓN

H. Iván Arizmendi Galeno

LA VELOCIDAD DE LAS PALABRAS

David Herce-Kiawtlet

COLECCIÓN SUBTERRÁNEOS / 2

H. IVÁN ARIZMENDI GALENO

Cd. Nezahualcóyotl, Edo. de Mex, 1987. Estudió la Licenciatura en Literatura Dramática y Teatro con especialidad en Dramaturgia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Becario en la Fundación para las Letras Mexicanas (2015-2016). Fundador de la compañía DEMEGO07. Miembro Fundador de Editorial Antropófagos.

Finalista del Premio Nacional de Dramaturgia Joven, Gerardo Mancebo del Castillo (2014) con la obra *Arterias es espiral para un recuerdo con luz neón*.

En 2009 su obra *El Vértigo en las manos* fue seleccionada para presentarse como lectura dramatizada en el 4º ciclo teatral de Dramaturgia Joven, Ola Nueva 2009 en Acapulco, Gro.

Dirigió sus obras *Eventos Efímeros*, (2008), *SIN/con/FIANZA* (2010), *Sombrero de palma* (2010), *Sombrero de Lata* (2011-2014), *Sombrero de fieltro* (2011-2013) y *Señorita solicita marido* (2013) además de *La importancia de llamarse Ernesto* de Oscar Wilde (2011).

Ha sido publicado por Ediciones El Milagro, Tierra Adentro y la Asociación Nacional de Escritores.

PRESENTACIÓN

EL RECUERDO DE MIS ARTERIAS QUE HAN SIDO ESPIRAL

Eduardo Sarabia ¹

Un día cualquiera, dos perfectos desconocidos coinciden en una situación absolutamente común: Ana y Anatolle se encuentran, y a partir de este *encuentro* ellos se irán involucrando cada vez más, al punto de compartir filias, deseos y pasiones (quizá) nunca antes experimentadas: hasta aquí, una situación que parece cotidiana. ¿Cuántas veces no hemos conocido a alguna persona que nos haya cambiado la vida? ¿Cuántas personas no conocemos de manera fortuita? ¿Cuántas personas se han *quedado* con nosotros a partir de un encuentro casual? Sin embargo, la vida de ambos (con toda certeza) cambiará radicalmente.

Arterias en espiral para un recuerdo con luz neón habría que entenderlo como un drama (¿moderno? ¿actual? ¿contemporáneo?: drama, sencillamente) que nos pide recordar eso que elementalmente busca el teatro: el encuentro con el otro, con los otros y con uno mismo.

Y comienza a subir la espiral.

La estructura de la obra (después de todo es certera: una espiral) nos conduce de manera cinematográfica a través de los distintos estados por los que atraviesa la mente de Ana y su relación con Anatolle. Un ir y venir por los recuerdos y el presente, mezclados con algunos espasmos de irrealidad. Las imágenes sobrevienen por medio de las palabras que componen la obra; es difícil no tener en la mente cada palabra nombrada, formando frases potentes que nos invaden conforme se manifiestan. Retumban y se nos injertan en los ojos.

Es, entonces, un acontecimiento que se nos muestra degradado, y se distorsiona conforme lo recorremos cada vez. La espiral que (¿asciende? ¿desciende?)

¹ Teatrista e hispanista. Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas de la UNAM. Fue asistente de dirección y producción de Germán Castillo y de José Alberto Gallardo. Como actor ha participado en más de 20 montajes entre los que se destacan *La escuela de las mujeres*, dirección de Germán Castillo; *Cantando bajo las piedras*, de Carlos Talancón; *Señorita solicita marido* de H. Iván Arizmendi.

nos lleva al mismo lugar, pero que cada vez es distinto. Este carácter recursivo que nos incita a ver desde distintas perspectivas un fragmento de la mente de Ana. Pero ¿esta no es una cualidad inherente de los seres humanos? Regresar al mismo sitio que nos hizo sentir plenos; transitar por el mismo sendero una y otra vez; reencontrarnos para entendernos o, por lo menos, para hacer menos agreste la vida en este mundo.

Así vive su vida Ana, a través de una espiral que va y viene de un lado a otro (o viceversa).

Quizá se trate de un personaje que está construido con un perfil propio de un psicótico, el cual padece los delirios de su patología mental. Es Ana quien nos conduce a los recovecos de su propia espiral, esa mente psicótica a la que le sobrevienen las convulsiones que se entrecruzan con la realidad.

Y, sin embargo, ella no ama a Anatolle (al menos eso se dice). Uno puede entregarse a la otra persona (según las convenciones particulares de cada época y sociedad) por distintos motivos: por deseo, por soledad, por necesidad de ser habitado por el otro: ¿por amor? ¡Cuántas cosas no se dicen y se hacen en el nombre del amor! Ana se entrega a Anatolle (al menos eso se dice), y con esta entrega ellos entran en un círculo vicioso (¿o será en una espiral?). Es posible que la violencia dicha en la obra no sea la que funcione políticamente en el teatro, pero ¿acaso la violencia del día a día no está presente de manera innata en los seres humanos? ¿por qué aferrarnos a que nuestro teatro sólo ha de expresar lo más apreciable de nuestra humanidad? El amor destruye (al menos eso se dice), y por eso Ana se entrega a Anatolle hasta las últimas consecuencias. La vida de una persona nunca será la misma después de haber compartido tiempo y espacio con otra persona. Este fluctuar de universos que al principio son distintos, pero que invariablemente harán mella en el otro: ¿no es por eso que nos aferramos a ser amados, a encontrar el *amor de nuestras vidas*?

La luz neón nos ilumina por completo.

Decía en un inicio que esta obra nos incita a encontrarnos en el otro, en uno mismo, y con el otro. Solemos estar tan enfrascados en los problemas que nos aquejan, al grado que nos olvidamos por completo de interactuar con las otras personas. Y si a esto le sumamos que nuestra sociedad va distanciándose cada vez más debido a la era digital que nos rodea, parece, entonces, que nos sumergimos en el caos. Ahora es más

difícil involucrarnos con los demás. Y cuando, a veces, alguien decide relacionarse con otra persona, el impacto es profundo y sustancioso, elemental. Abrir nuestra *caja de Pandora* implica valentía, porque no sabremos si la otra persona decidirá quedarse a ver los monstruos que ahí habitan. Por lo regular sucede lo contrario, quizá por esta constante separación que nos distancia de los demás, ya que esto implicaría llegar a conocernos hondamente, y lo que encontraremos en aquél abismo seguro puede disgustarnos. Por eso Ana se ilumina, se llena de luz y estalla. ¿qué más acto amoroso podría existir sino entregarse absolutamente al otro?

Y las arterias del metro, la luz que ilumina, el neón que nos enciende.

Todo se ilumina.

TODO.

Arterias en espiral... no es sino una forma de expiación a los demonios internos ante el amor por el otro. Es una forma intensa de habitarse en el otro. Es este recurrente recuerdo que nos invita a devorar al ser amado, al ser deseado. Hasta destruirlo. Porque, entonces, sólo así nadie más podrá poseerlo como uno mismo lo ha hecho. Puede causar temor el siquiera nombrarlo, pero esta insaciable recurrencia a pertenecer, a ser habitado, a desdibujarse los linderos de uno mismo para hacer con el otro una nueva creación es lo que nos hace humanos.

¿qué más puede pedirse?

Asistamos ahora a ver esta entrega absoluta. Tal como el teatro lo desea y espera. Porque esta ocasión es única, irrepetible y definitiva.

Permitámonos *fracasar una vez más,*

Ser electricidad

Y morir a la velocidad luz.

ARTERIAS EN ESPIRAL
PARA UN RECUERDO CON LUZ NEÓN

de H. Iván Arizmendi Galeno

*Finalista del Premio Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo
2014*

Esta obra se estrenó como coproducción de Peregrino Teatro y Demego 07 Artes Escénicas en el Foro El Cubo del Centro Cultural de la Diversidad el 4 de mayo de 2017 bajo la siguiente ficha técnica:

REPARTO

Jimena Mancilla

Kevin Carlock

Rox Damián

DIRECCIÓN, ESPACIO ESCÉNICO y DISEÑO DE ILUMINACIÓN :

David Herce-Kiawtletl

ASISTENTE DE DIRECCIÓN, DISEÑO DE VESTUARIO y EDICIÓN DE AUDIO:

H. Iván Arizmendi Galeno

COLABORACIÓN EN DISEÑO DE MOVIMIENTO CORPORAL:

Mariana Carbajal

DISEÑO GRÁFICO:

Laura Muñoz

ASESORÍA Y COLABORACIÓN EN DIFUSIÓN Y REDES SOCIALES:

Miriam Carbajal

REALIZACIÓN DE VESTUARIO:

Martha Galeno

REALIZACIÓN DE CUBOS:

Alfonso Molina

PRODUCCIÓN EJECUTIVA:

David Herce-Kiawtletl, H. Iván Arizmendi Galeno y Mariana Carbajal

ASISTENCIA GENERAL:

Eduardo Sarabia

I. LA LUZ NEÓN

Tarde otra vez...
puntualidad.

Me caga llegar tarde...

Me caga tu

Una línea de luz.

Una ráfaga de luz.

Definitivamente nací en otro huso horario.

Se detiene el tren.

Tarde otra vez.

Ya no sé qué esperar de ti.

Avanza de nuevo el tren.

¿Qué será? No lo sé.

Busco.

Busco.

Busco.

No lo sé.

No hay respuestas...

Antes me gustaba mucho cruzar la ciudad y mirarte. Mirarte a los ojos. Verme llegando en tus ojos. Son tan comunes. Son ordinarios... También los días ahora... Todo me parece igual.

Anoche reacomodé mi cuarto... Tenía tanta basura acumulada... Me di cuenta de que desde que empezó todo no lo reacomodaba... Si los cuartos son como las cabezas... tenía la cabeza llena de polvo...

No sé qué esperas de mí.

El tren aumenta la velocidad.

¿Qué habías esperado?

¿Qué será? No lo entiendo... Cuando te miro a los ojos pienso que... Nos volvimos inexplicables... No lo entiendo... Somos indescifrables. Y... no... no tengo ni una pinche respuesta.

Tengo la cabeza hecha un muladar... qué pinche palabra tan pendeja. Yo soy una pendeja. Tú, un crucigrama inconcluso. Ya se paró el tren otra vez.

Te vas a enojar.

No me vas a creer.

Creo que esto ya lo viví...

Anoche, mientras reacomodaba mi cuarto, encontré tus cartas, la basura de los condones, de cuando usábamos condones, y me pareció romántico.

No recuerdo cuándo los dejamos de usar. Ni por qué.

Ya no voy a tomar pastillas. Me dan sueño. Tú me das sueño. Yo te doy sueño.

No sé qué es lo que esperamos... Tengo un chingo de polvo en la nariz. Es que anoche reacomodé mi cuarto.

Tengo una torre de hojas que voy a reciclar. Ahí puse tus cartas.

Veo las luces del túnel y son tan fugaces como... Todo me parece tan fugaz.

Tengo la sensación de que hoy no voy a regresar a dormir.

Anoche reacomodé mi cuarto y tuve esta sensación...

Fumé catorce cigarros. Tomé café. No me llamaste. Ya no me llamas. Ya no cogemos.

Y me citas para hablar de nosotros. Si ya no hablamos nunca

Ya es tarde y esto se volvió a parar. La luz del túnel parpadea.

Parpadea.

Parpadea.

Paralizada.

Tengo un dejavú. La pulsera que me diste. La olvidé.

¿Ya habrás llegado?

¿Estarás enojado?

Tengo una extraña sensación. Estoy temblando.

Ya.

Ya.

Ya.

El tren se mueve. La luz se aleja y llega otra. Se aleja y llega otra. Se aleja, llega otra. Y llega otra. Llega otra. Y otra. Otra.

Eso me tranquiliza. Es como contar ovejas. Borregos brillosos.

Las llantas rechinan al llegar a otra estación.

Sonido que... ¿a quién le cuento esto?

Yo tenía una historia.

Anoche mientras reacomodaba mi cuarto la encontré.

La había olvidado.

Era mi historia y la abandoné.

Hoy me gustaría terminarla. Pero siento que no voy a llegar a casa.

El tren frena, rechinan las llantas.

La luz se queda parpadeando.

Me mira. Parpadea. Pinche oveja. Puto borrego. Seguro piensa que soy tan ordinaria.

Tan común. Pinche tren. Falta una estación.

¿Por qué me pasa esto?

Esas luces siempre parpadean y nadie les da mantenimiento. Avanza. Lento. Una luz alargada. Se escucha la mecánica del tren. Libera gases. Ruido. Calor. Las luces se hacen veloces. Una línea de luz. Droga para los ojos.

Siento en el vientre la velocidad del tren y de nuevo tengo esa sensación de no saber si estoy recordando o estoy viviendo este momento...

II. UN RELÁMPAGO DE TI

—El tren venía lentísimo.

—No te preocupes. ¿Qué te pasó en la mano?

—Nada. Seguro fue por la pulsera que me diste.

—¿Y la pulsera? ¿Te asaltaron?

—No, ¿cómo crees? Ni me acuerdo. Se me olvidó.

—Vamos al de siempre, ¿no?

Ese perfume.

Conozco ese perfume. Es... me recuerda al frío. Invierno. El frío entre mis dedos. El pavimento. El espectacular con la imagen del cielo. El avión suspendido. Estático. Ese perfume. Ese... el que usabas cuando... Es magnético. No quiero viajar en esos aviones pero no puedo dejar de ver el cielo en ese espectacular. No sé cuánto tiempo he estado parada frente a él.

—Me das permiso.

Un zumbido.

—Con permiso.

Un zumbido en el oído.

—Te van a atropellar si no...

—¿Perdón?

—Que si te quedas aquí parada te van a atropellar.

—¿Aquí?

—Desde aquí se ve muy bien, ¿no?

—¿Qué se ve bien?

—El espectacular. Te vi mirándolo...

—Sí, se ve...

—¿Nunca has ido a Francia?

—Nunca.
—Esos vuelos son una mierda.
—Se ve increíble... ¿por qué te digo esto a ti?
—El espectacular les quedó de maravilla.
—Me causa tanta...
—¿Paz?
—Un poco de paz, tranquilidad... de todo.
—Yo soy fotógrafo, ¿tú?
—No.
—¿No qué?
—No sé nada de fotografía.
—La sientes.
—¿Sentir?
—Mira las nubes. Parece un cuadro del cielo. Un recorte del...
—¿Por qué me dices esto?
—No cualquiera se queda parado a mitad de la calle mirando un espectacular. Eso se tiene que aprovechar.
—Tú dijiste eso, claro.
—¿Perdón?
—Suena a algo que recuerdo.

—¿Entonces a cuál quieres ir?

—¿Cómo?

—¿A cuál hotel?

—Yo...

—Ya nos salimos de la estación y el único cerca es el de siempre.

—Yo... no recuerdo cómo...

—Apúrate que tengo que regresar a la oficina.

—¿A qué tienes que regresar?

—No sé. Me dijeron que regresara.

—¿Quiénes?

—Pues en el trabajo... no los conoces.

—Hoy amanecí con muchas ganas de hablar.

—¿Hablar de qué? Otro día, ¿va? Una habitación por favor.

—De hablar. No sé. De todo un poco. Preguntarte cosas. Cuéntame una historia. Una simple.

—¿Qué?

—¿Recuerdas cómo llegaste hasta aquí? ¿En qué pensabas?

—Sí, gracias... Otro día.

—Pero tú no quieres hablar, ¿verdad?

—No te pongas histérica

—No estoy histérica. Estoy... Mira mis manos.

—¿Qué tienen?

—¿No las ves raras?

—Se ven igual que siempre.

—¿Cómo sabes?

—Porque te he visto las manos muchas veces. Lo único raro es eso de tu muñeca.

—No recuerdo cómo me lo hice.

—Y al parecer tampoco recuerdas tus manos.

—¡No abras! Tengo una sensación.

—¿De qué?

—Hay alguien adentro.

—Yo tengo las llaves. Mira. Mira cómo no hay nadie.
La cerradura. Gira. Siento todo a la velocidad de la luz. Me acuesto. Te subes. Sin ropa. Me subo. Me empujas. Tus ojos. Mi cara. Sudor. Gritas. Grito. Electricidad en la

espalda. En las entrañas. Espasmos. El aliento es libre. Nos separamos. Yo en la ventana. Yo en la ventana. Yo sola en la ventana.

—Siempre estoy sola.

—¿Qué dices?

—Siempre me quedo sola. Pásame mi ropa.

—Y según no tenías prisa.

—No tengo prisa. Me lastimaste.

—¿Yo?

—Sí, mira mi cuello.

—¿Qué tienes?

—Me mordiste.

—¿Se me pasó la mano?

—Pásame mi ropa.

—Ahí te va.

—Mira.

—¿Y ahora qué? No dejas reposar. Ya me voy.

—Mira mi nariz.

—¿Qué tienes?

—Mira bien, me está saliendo sangre. ¡Putra madre!

—¿A dónde vas?

—Al baño.

—Pero si tú... Ana, te estás volviendo loca. ¿No viste mi zapato?

—Me rompiste la nariz.

—Yo no sé nada. Yo te dije y tú...

Una taza en la mano. Dos sillas. Una mesa. Un frasco de pastillas en la otra mano. Veintiún pastillas.

—Me encantas.

—¿Por qué me dices eso?

—¿Qué no te acuerdas?

—¿De qué me voy a acordar?
—De mi nombre. De mí. ¿Me puedo sentar contigo?
—¿Quién eres tú?
—Anatolle, ¿ya no te acuerdas de mí?
—¿Qué?
—¿El espectacular? ¿Ya no te acuerdas?
—Sí, ya... Es que mi nariz.
—¿Qué tiene tu nariz? Yo no veo nada.
—Me estaba saliendo... No sé qué me pasa, de pronto me abstraigo cabrón.
—A mí me pasa lo mismo. Me quedo con la cámara en posición y de pronto ya no sé qué es lo que iba a tomar. Es raro. Qué bueno que nos encontramos.
—Sí.
—¿Te gusta venir a este café?
—Es mi favorito.
—Está padre. Desde la esquina huele.
—Ya no. Ahora huele a tu perfume.
—¿Siempre has usado el mismo?
—Sí. Huele bien rico. Tú también.
—Hueles a café.
—Tomo demasiado.
—¿Qué miras?
—No recuerdo cómo llegué.
—...

—...

—¿Y ya nunca me ibas a llamar?

—Es que estuve enferma y así no se puede.

—Yo te veo muy sana.

—Ya estoy bien.

—Ya no te olvides de mí.

—Créeme que ya no me podría...

Quiero más café.

—¿Y de dónde saco un café? Pinche Ana, ya párale y límpiate la nariz.

—¿Anatolle?

—¿Qué pasó?

—¿Te vas?

—Tengo que regresar al trabajo.

—¿Y cuándo te veo?

Ni siquiera me importa. No sé ni qué me contestas. Voy al espejo del baño y veo todas sus esquinas con sarro, las esquinas del espejo con residuos de jabón, óxido en el marco que lo sostiene y veo en él mi cara marcada.

Golpes. La nariz sangrando. La boca hinchada. Sangre. Mi cuerpo tiembla. Miro al espejo.

—¿Cómo pasó esto?

Tienes que ir a buscarlo. A partirle su madre por pendejo. Abres la puerta. Sales corriendo al pasillo. Sientes la cara manchada de sangre. Frente a la puerta de la habitación de al lado está inmóvil una mujer vestida de rojo. La miras. Se miran. Y corres.

Te alejas. Tienes que encontrarlo. Seguro aún lo alcanzas. Recuerdas que fueron siete pisos. ¿Lo recuerdas? Siete pisos... ¿pero siete pisos para arriba o para abajo? Dudas. No sabes si subir o bajar. Bajas.

Bajas un escalón, dos escalones a la vez, tres escalones a la vez. En cada descanso saltas para avanzar más rápido. Se escuchan pasos. Alguien sube.

—¿Y si es él? ¿Si es él que ha olvidado algo?

Te detienes. No te mueves para nada. Es una mujer vestida de rojo que va subiendo con los ojos llenos de lágrimas y hablando sola.

—¿Quién llora en un hotel?

Estás agitada. Sigues bajando en cuanto ella da la vuelta en el descanso. Llegas hasta la recepción. La luz de la puerta. Ya no hay rastro de su olor. Caminas rápido por la calle. Cruzas casi sin fijarte. Llegas a la estación de trenes. No traes boleto. Sí. Sí traes boleto. Entrás.

De nuevo tarde. Estás sentada tomándote la cara. El cuello, la boca y la nariz te duelen. No lloras. Al contrario, ríes. Te descubres la cara. ¿En qué momento te trepaste al tren?

—No lo sé. Ni siquiera sé por qué estaba enojada.

Saco mi espejo. Me maquillo.

—¡Putá madre!

De nuevo se detuvo el tren.

Unos segundos detenido y luego avanza con la velocidad de una montaña rusa. Me tengo que sujetar de algo. Se van las luces del túnel. Llega la luz de la estación. Estoy parada en medio del andén. Todo se mueve.

III. REVENTAR EN ENERGÍA

—El tren venía lentísimo.

—No te preocupes. ¿Qué te pasó en la mano?

—Nada. Seguro fue por la pulsera que...

—¿Y la pulsera? ¿Te asaltaron?

—No, ¿cómo crees?

—Vamos al de siempre, ¿no? Tengo que volver a la oficina.

—¿En qué momento nos pasó esto?

—No, Ana, no salgas con esto. Tengo prisa. Otro día, ¿sí?

—Pero...

No puedo respirar. La ropa se me desvanece. Me la quito o me la quitas. Los dos desnudos. En mi espalda la cama de hotel. Me veo en el espejo del techo. Veo tu espalda. Mis piernas. Tus nalgas. Tus manos en mi cuello. No puedo respirar. Mis ojos se abren, grandes. La luz no llega a ellos. Mis manos, no las encuentro. No siento la pulsera. Mi cuello se pone tenso. No puedo pasar saliva. No puedo...

El espectacular del cielo. Las nubes se mueven. Se mueven en el cielo. Se detienen en el espectacular. Es un enigma. Es muy real.

—Ese espectacular me llama la atención desde que lo pusieron. Un hombre murió electrocutado cuando lo estaban poniendo. Su cuerpo cayó desde allá arriba. ¿Por qué me miras así?

—No cualquiera se queda parado a mitad de la calle mirando un espectacular. Eso se tiene que aprovechar.

—Me recuerdas a algo... no sé qué es...

¿No me vas a decir nada de los recuerdos?

—No. Qué te puedo decir. Soy malo para recordar. Por eso soy fotógrafo.

—¿Por qué?

—Esto es lo que querías, ¿verdad?

—No puedo respirar. ¡Suéltame!

—Di la palabra. Di la palabra o no me detengo.

—¡No abras! Tengo una sensación.

—¡Ya, déjame! ¡Alguien quiere abrir la puerta!

—Hay alguien adentro.

—Di la palabra o voy a dejar que abran.

—...

—...

—¡Te amo!

—¿Quién es?

Respiro. La puerta se abre o la abres. Como el primer respiro. No hay nadie afuera. Jalo todo el aire que puedo. Si pudiera jalar más lo haría. La luz del baño hace ruido. Zumba. Veo mis manos. La herida más abierta. La pulsera ya no está. Me arde. En dónde se me habrá caído. Miro el espejo. El cuello amoratado. El labio que sangra. Las manos con sangre. Los senos mordidos. La puerta. Me deja. ¿Alguien entró? ¿O salió?

—¿Anatolle?

En el umbral de la puerta. Miras a todos lados. La alfombra vieja a tus pies. Sales al pasillo. Se ha ido. Pinche madre. Se ha ido. Te dejó... Avanzas dos pasos. Lentamente. El cuerpo te duele. Caminas lento. Sientes las fibras de la alfombra a tus pies. Al final del pasillo una puerta se abre de pronto. Una mujer vestida de rojo se detiene ante tu mirada. Tiene sangre en el vientre, se ve rojo mojado sobre su vestido. Miras sus

manos. Tiene un machete. Te mira. La miras. Tu ojo y su ojo casi chocan desde la distancia. La recorres de arriba abajo. El machete gotea. La alfombra se mancha de sangre. Sientes la alfombra bajo tus pies. La mirada de la mujer te recorre y te das cuenta de que has salido desnuda.

Corremos. Ella, no sé a dónde. Yo a la habitación. Mi vestido. Mi zapato. Mi otro zapato. Me arrastro. No lo encuentro. La alfombra manchada. Las chinches que corren bajo la cama. Mis manos recorren sin mirar la oscuridad de abajo de la cama. Mi zapato. Me lo pongo. En el baño tomo papel. Me tapo la nariz con una bola de papel. El espejo me mira. El ojo morado. Todo me da vueltas. No debo de dejar de tomar las pastillas. Me sujeto de la caja del baño y me siento. Miro mi mano temblorosa. Mis dedos brillan. Muevo la mano y se hacen líneas de luz.

De un lado y del otro.

De un lado y del otro.

De un lado y del otro.

El tren se detiene.

Despierto. Me duele la cabeza. No debí salir de casa. La muñeca me duele. Tengo que sujetarme de algo... y ya no me puedo sujetar de ti...

Anoche, mientras limpiaba mi habitación, encontré un viejo radio. Lo conecté. Ya nadie escucha la radio en estos días.

Recordé que un día compré una lámpara con vidrios de colores en los costados.

La puse al lado de mi cama.

Colores en las paredes. Colores de luz o luz de colores, no lo sé.

Verde... El cuarto se iluminaba de una manera mágica... Verde que se volvía amarillo en otra parte de la habitación, luego rojo, luego azul... El olor a café en el ambiente... Ponía mi café sobre la lámpara... La música del viejo radio. Hasta los comerciales se oían diferentes... Ya casi nadie escucha la radio por las noches... Te metiste en mi cabeza. En mi vida. En mi cama. En mi cama que tenía una lámpara con vidrios de colores en los costados. Tú al lado de mí... iluminados de muchos colores sobre las pieles desnudas... mis dedos entre tus dedos, tus ojos sobre mis ojos, tu mirada dentro de mí... Me veía pequeñita dentro de tus ojos grandes... En ese momento se me hacían inmensos... únicos...

—¡Qué cama más cómoda!

Nunca debimos salir de ella. Ni romper la lámpara. Ni dejar que entrara la luz del día.
El radio sonaba. Cualquier canción.

Mis piernas y los vellos de tus piernas.

Mi vientre y el tuyo.

Mis senos en tus manos. Tu boca en mi cuello.

Te vas acercando y te recibo...

Te abrazo con mis piernas...

Te metes en mí, hasta el corazón, hasta el cerebro.

Creo que te amo como a nadie.

Siento que todo palpita, cada gota de sudor saliendo de mis
poros...

La avalancha de recuerdos se me queda clavada en las vísceras y yo... La frente me
suda. Los labios mojados.

Llego a la estación. No recuerdo la hora en la que nos quedamos de ver. Ruido de
puertas que se abren. Te veo a lo lejos. No. Creo que ya no sientes nada por mí.

IV. MI EXISTENCIA FUGAZ

—¿Qué pasó? ¿Por qué esa cara?

—Hoy mis manos se ven raras.

—Yo las veo normales.

—Mira aquí, en la muñeca.

—¿Qué te pasó?

—Nada. Seguro fue por la pulsera...

—¿Y la pulsera?

—No lo sé. Creo que no la traía desde que salí de mi casa.

—Se te habrá atorado con algo y se reventó. Se ve profunda.

—No recuerdo bien. Igual y hasta lo soñé... o te estoy soñando ahora.

—No empieces... Vamos al de siempre, ¿no? Me dijeron que regresara a la oficina.

—¿Quiénes?

—No los conoces.

—¿Tú crees que me conoces?

—Pues por eso nos estamos conociendo. El otro día en el café fue mera casualidad. Pero ahora...

—...

—¿Estás bien? ¿Quieres un cigarro? Te estás poniendo pálida.

—Es que yo... pensé que... Dame el cigarro.

—¿Caminamos?

—Claro.

—¿De dónde vienes?

—De... del doctor. Pero ya estoy bien.

—Entonces no fumes, si estás enferma...

—No estoy enferma. Préndemelo. ¿Entonces dijiste que eres fotógrafo?

—Así, es. De hecho acá traigo mi cámara.

—No me gustan las fotos.

—Eso dicen todos.

Flash.

Una sonrisa. Dos pastillas. Bajar las escaleras. Asegurarse de dejar cerrado el gas
antes de salir de casa.

Flash, flash.

Una carcajada. Tres pastillas. Bajar las escaleras. Subir para asegurarse de que no se
han movido. Revisar las llaves de gas. Abrir las ventanas. Cerrar las ventanas.

Flash, flash, flash.

Una pose con todo el cuerpo. Cinco pastillas. Buscar las escaleras. Tratar de recordar
cómo se baja una escalera. Revisar la instalación del gas. Cambiar las ventanas.
Comprar candados. Pintar las ventanas. Tirar las cosas de cristal de casa.

Flash, flash, flash, flash.

Te abrazo. Fotos juntos. Siete pastillas. Tres cápsulas. Escapar de las escaleras. Huir de
las escaleras. No usar gas. Cambiar de nuevo las ventanas. Sacar tres duplicados de la
llave de cada candado. Son siete ventanas. Veintiún llaves. Tratar de que nunca haya
oscuridad en la casa.

Flash, flash, flash, flash, flash.

Nos besamos ante la cámara. Nos queremos. Catorce pastillas. Siete cápsulas. Una
inyección. No volver a usar las escaleras. Clausurar las ventanas. Tirar los candados.
Acomodar cada llave con su copia. Comprar focos de más potencia. Levantarse del
lado derecho de la cama. Comer masticando nada más tres veces cada bocado. Tomar

tres litros de agua al día. Caminar nada más siete mil trescientos cuarenta y un pasos de mi casa a la estación del tren. No pisar las líneas del suelo.

Flash, flash, flash, flash, flash, flash.

Nos queremos. Nos amamos. Fotos en mi casa. Veintiún pastillas. Catorce cápsulas. Tres inyecciones. Una línea de coca para soportar. Esconder las llaves y sus copias en los rincones adonde no llega la luz de las bombillas. Revisar cuántas horas de vida tiene cada bombilla y hacer la resta del número de horas que lleva prendida. Tomar cuatro litros de agua al día. Hacer tres horas de ejercicio. Caminar tres veces siete mil trescientos cuarenta y un pasos y tomar un taxi de regreso a casa. Revisar el estado de cuenta cada treinta y cuatro horas. No usar teléfonos.

Flash, flash, flash, flash, flash, flash, flash.

Me siento feliz. Te amo. Fotos en la cama. Vive conmigo. Veintiocho pastillas. Veintiún cápsulas. Siete inyecciones. Tres líneas de coca. Vodka para soportarme. Buscar las llaves y tratar de encontrar un candado que abra con ellas. Visitar la flapalería dos veces al día. Tomar cinco litros de agua al día. Hacer cinco horas de ejercicio. Estoy gorda. Estoy fea. Caminar tres veces siete mil trescientos cuarenta y uno multiplicado por el día del mes. Tomar un taxi de regreso a casa. Revisar mi estado de cuenta cada trece horas. Papá ha dejado de depositarme. No usar teléfonos. No ver televisión. No mirar al sol. No mirarte. No coger. No quererte. Tomar dos cafés cargados. Tres frascos de pastillas. Tres cápsulas. Una inyección. Una línea de coca. Un litro de vodka. No te quiero ver. Siento que soy luz. Siento luz en mi pecho. Sudo. Siento que me tomas fotos. Siento que tus ojos son un montón de luz. Que yo tengo luz que arde. Que me inflama. Quiero vomitar. Tengo tinta en los dedos. He escrito mi carta suicida. Vomito tinta negra. Escribo con sangre. Vomito letras. Letras tinta. Saliva negra. Te escribo a gritos. Voy a reventar.

—Estas fotos son las mejores. ¿Ya te sientes mejor?

No. Voy a explotar.

—Una habitación por favor.

No vas a leer mi carta. La tiré al escusado. Es la segunda que tiro.

—Espera. Debe de ser del trabajo.

No puedo abrir los ojos.

Siento en mi estómago cómo se me retuercen los deseos.

Siento el ácido de cada pastilla.

—Vete adelantando. ¿Bueno?

La nariz quemada por la falta de mucosa. Ya no sangro.

Hace meses que ya no sangro y no hay nada. ¿Te lo dije?

—Es la habitación de allá... Casi no te oigo...

Estoy envenenada y lo sabes.

Mi saliva.

Mi sangre.

Mis lágrimas.

Soy una sentencia de muerte y lo sabes.

Soy la carta final y el último suspiro.

Mi sudor está envenenado y lo sabes.

Mi cara.

Mis labios.

Mi lengua.

El sexo está envenenado y tú lo sabes.

Mis brazos.

Mis manos.

Mis risas.

Mis gritos escupen veneno y no lo
puedo evitar...

Lo sabes.

Mi espalda escurre veneno.

Soy un insecto con ponzoña de
amor,

una serpiente cuya mordida es
mortal,

un anfibio que si tocas te matará.

Soy veneno puro y lo sabes.

Mis ojos son veneno,

mi mirada es veneno,

mis pupilas dilatadas. ¿Lo sabes?

El veneno vive en mí.

Veneno que me envenena
también.

Serpiente que se devora así misma.

Mi propio aguijón clavado en la
espalda.

Mi veneno en mi torrente
sanguíneo.

Y tú los sabes.

Lo sé.

Es veneno.

Soy VENENO.

Te hice una carta suicida por si acaso. Estoy a punto de
arrancarme las uñas. Arrancarme el cabello ya no me causa

dolor. Y estoy inmóvil frente a una puerta sin saber qué hacer.

De otra habitación sale una mujer vestida de rojo y con la cara cubierta de sangre. Me mira. Conozco esos ojos .

—¿Vamos a entrar o qué, Ana?

La puerta. El sonido de la puerta. La luz del cuarto. Las caricaturas en la televisión. Un saco. Mi cara en el espejo del techo. Tu pantalón. Mi vestido. Los zapatos que vuelan. La pantera rosa en la televisión. Mi ropa interior vuela mientras la pantera rosa fuma. Me miro en el espejo. Escucho el ruido de los coches en la calle. La luz de una patrulla. La luz del letrero del hotel me acaricia las piernas. Siento que te metes en mí. Pero la luz de la pantera rosa me ilumina la cara. La luz del letrero me acaricia las piernas. Sube hasta mis manos. Siento su calor. Su electricidad. Los chorros de luz que me arroja la televisión. Mi casa. Mi baño. Mis focos explotando. La espuma en la boca que lanza el coctel que me he tragado. Luz que me explota como un montón de mariposas de luz. Grito. Te arañó la espalda. Siento la electricidad que recorre mi columna. Los ojos en blanco... no puedo respirar. Estoy tirada en el colchón del hotel. En el piso de mi baño. Me miro en los azulejos. En el espejo del techo. Quiero que me caiga encima. En pedazos. Necesito más. Más que pastillas para morir. Más que tú para sentir. Más que luz para explotar. Todo se nubla.

—¿Por eso querías matarte?

—¿Qué?

—Tuve que hacer que vomitaras. Entré a tu departamento y estabas encerrada aquí.

—¿Dónde es aquí?

—El baño. ¿Por qué haces esto?

—Ya no quiero estar aquí.

—¿Pero por qué? Yo te...

—Necesito... Echarme agua.

—¿Qué pretendes?

—No sé. Debiste dejarme morir.

—¿Y yo qué voy a hacer?

—Un día no me vas a poder detener.

—¿Cómo?

Abres los ojos. Mira. Mira bien. ¿Qué año es? ¿Qué día? ¿En qué baño estás? ¿En el de casa o en el del hotel? Tienes sangre en las manos. Estás en el hotel. Nunca te cortaste las venas en casa. El color de la sangre es desagradable.

La sangre huele a piña con fresa. Odio la piña y la fresa. Odio intentar un suicidio y fallar. Odio que no me golpees. Que no me llenes de energía. Que me dejes vacía. ¡Haz algo!

Te despiertas. La mano está gangrenada.

Te rascas la carne muerta y encuentras lo que parece ser una pulsera. Está encarnada. Raspas un poco y tus huesos parecen de madera. Tu mano es de madera. Vas a vomitar. Comienzas a sacar poco a poco una cámara de tu boca. La vomitas. La cámara cae desde tu boca y te toma una foto.

Flash.

El sonido de las puertas. El tren cierra sus puertas. Mi mano adolorida. Me estoy pudriendo. El tren avanza. Las luces del túnel comienzan a volverse una línea continua. Seguramente ya me estás esperando. No debí salir de mi casa.

Anoche recogí todo mi cuarto. Hallé algo de mí que no debí encontrar. Mi historia que había olvidado pero que nunca aprendí a hacer.

Otra carta suicida para ti. Otra más. Es muy tarde. Tengo que llegar. Tengo una sensación en el estómago. Te vas a ir. Tengo una carta para ti. Tengo una carta de nuevo. Traigo mi corazón en un frasquito de medicamentos. Todo mi corazón hecho pastillas y un montón de letras en una carta.

V. LUZ NEGRA EN MI INTERIOR

El tren frena. Un vagón. Un pasillo. Donde sea.

Me gustan todos los que no son como tú. No puedo con los sentimientos. Con mis deseos. Con el instinto. Soy una bestia. Un animal salvaje que devora a su pareja. Que se enamora por una hora de alguien, lo usa y lo deshecha. La destrucción es tan grande como mi vacío. Ni siquiera te das cuenta.

Una cama de hotel. Alan. La casa de su padre. Pablo. Una casa en una montaña. Ramón. Un edificio. Gonzalo. Un baño de restaurante. Ernesto. La parte trasera de un autobús. Pedro. La boda de una conocida. Saúl. El funeral de mi padre. Danilo. El entierro de mi padre. Jerónimo. En una sexshop. Humberto. En un antro. Sebastián. En un parque. Fabricio. En la bodega de una verdulería. Aquiles. En la azotea de una torre. Ignacio. En un hospital. Guillermo. El de las esposas. El par de hermanos. El taxista. El oculista. El vendedor de libros. El mesero. El albañil. El instructor. Mi terapeuta. Mi mejor amigo. El que era casado. El drogadicto. El sado. El sumiso. El que quería que lo orinara. El que me decía mamá. El que me decía hija. El que me robó. El que me violó. El que me dijo que me amaba y nunca volví a ver. El que me persiguió por días enteros y huí de él. Al que busqué por meses y nunca encontré. El que me dejó plantada en la segunda cita. El divorciado. El que no tenía un pie. El que era ciego. El anciano. A todos.

A todos les dejé una parte de mí. A todos los recuerdo. A todos. A todos los viejos amantes los recuerdo a la perfección. Todos han sido una llaga. Todos me dejaron igual de apagada. Al regresar a casa por la noche te miraba y me decías que me amabas. Yo no. Adentro nada más tengo un montón de pastillas que me incitan a hacer de todo un poco sin lograr sentir que estoy viviendo el mismo tiempo que los demás.

—¿Qué te parece este cuarto?

—Queda cerca del tren. Está bueno.

—Aquí vamos a venir siempre. ¿Vale?

¿Ana?

—Creo que ya había venido.

—¿Cuándo?

—Hace tiempo, pero no fue contigo.

—¿Cuándo fue?

—No sé. ¿Traes lentes oscuros? Me
choca la luz natural.

—Te traje esto.

—¿Qué es?

—Una pulsera. Nunca te la quites.

¿Dónde la dejé?

—Es como un cuadro del cielo.

¿Dónde la dejé?

—Yo soy fotógrafo.

La traía en la mano.

—¿Te gusta este café?

Tengo sangre en la mano. No me acuerdo de nada.

—Hueles a café.

Tengo que llegar. Es tarde.

—¿Ya no me ibas a llamar?

¡Ya, por favor! No puedo. No puedo.

El tren llega. Las puertas se abren. Me bajo corriendo. Me detengo en un extremo del andén. Mis pies... De pronto me miro reflejada en un charco de sangre que hay a mis pies. Miro mi mano. Entre tendones y venas está la pulsera que me regalaste. Encarnada. Sangrando. Me duele. Ya no puedo mover la mano. Me arranco la piel y tengo una mano de madera.

Mi mano ya no es mi mano y el charco mira fijamente. Él sabe que esta noche no llegaré a dormir a mi cama.

—¿No me vas a decir nada?
—¿Qué te digo, Anatolle?
—Que sales con otro.
—No mames. Mira la pulsera.
—¿Eso qué significa?
—Que la uso.
—No entiendo.
—¿Te quieres pelear?
—Nada más quiero que me digas que me amas.
—Eso no se puede decir así como así.
—Antes me lo decías.
—Antes. Ahora es diferente. Y no me veas así.
—...
—Bueno, te amo. No me tomes fotos.
—Antes te gustaba.
—No. Antes no me gustaba y ahora tampoco.
—Te ves preciosa en todas.
—Tómame una así. con la blusa abierta. Con los lentes aquí y mi dedo haciendo así...
—¿Te estás burlando?
—...
—Ana... Ana, ¿en qué piensas?
—En un transformador.
—¿Qué?
—Cada vez que salgo de mi casa, hay un transformador que hace ruiditos.

—¿La cámara te los recuerda?
—No. No sé qué es. Ya me voy.
—¿A dónde?
—¿Sabes por qué estoy rara? Porque ya no siento nada. Ni amor. Ni pasión. Ni nada. No haces nada.
—¿Con quién sales?
—No, Anatolle, no salgo con nadie. Cojo con todos. No me puedo detener. Y no me arrepiento. ¿Qué vas a hacer?
—No me empujes.
—Si quiero te empujo.
—Estás loca.
—Siempre. Hay algo que no me deja en paz.
—No me empujes.
—¡Empújame tú!
—No.
—Desquítate. Anda.
—No.
—¿No vas a hacer nada?
—No.
—Pégame. Pégame. Anda. Pégame.
—No. Levántate.
—Mírame. Estoy harta ti.
—No me pegues.
—¡Defiéndete!
—¿Esto es un juego?
—Por mí, mátame.
—Que no me pegues.

En la cara. La nariz sangra. La sangre es asquerosa porque de ese color es la pasión y la pasión es asquerosa.

El amor es rojo sangre.

En la cara de nuevo. No te defiendes. Al contrario. Te dejas llevar. Escuchas a lo lejos el sonido del transformador que te saluda todas las mañanas. En el pómulo. Zumbido. Cachetada. Te deja un oído apagado. Te empuja a la cama. Se arroja sobre ti. Nadie habla. Sólo se escuchan las respiraciones agitadas. Excitadas. Te sujeta del cabello. Los labios sangran. Arden. Por fin. El corazón agitado. La cara cosquillea. Entumida. Él pide que opongas resistencia y comienza el juego. Te arranca la ropa. Lo pateas. Te da un puñetazo en la cara. Quedas tendida. Se sube en ti. Te coge como nunca. Mientras lo hace le pegas en la cara y le jalas el cabello. Lo escupes. Te escupe. Te asfixia.

Los ojos quieren salir de su órbita.

Y al mismo tiempo dicen con el mayor desprecio del mundo:

—Te amo. —TE AMO.

Nos vestimos. Un cigarro. Dos cigarros. Lentes oscuros. Curaciones básicas.

Dos sillas. Ellos en las sillas. Dos cafés. Dos cafés en dos tazas. Las cuatro manos sobre una mesa.

—Perdóname.

—¿Por qué?

—Por golpearte así.

—Yo quería.

—No te muerdas, te vas a abrir más el labio.

—Me gusta morderme las heridas.
Todas.
—Esto está mal...
—¿Por qué?
—Pues porque...
—Yo quería.
—Pero...
—Pero nada, Anatolle.
—¿De qué te ríes?
—Somos como dos animales.
—Yo no soy un animal.
—Tomamos café y fumamos. Eso nos
hace diferentes a los animales. Nada
más eso.
—Yo no soy un animal.
—Estabas muy emocionado.
—Pero no me gusta.
—A todo se le agarra el gusto.
—¿Estás segura de hacer esto?
—No hables bajito. A mí no me da
pena. Si vamos a tocar fondo de
todas maneras, que sea espectacular
entonces.

Regreso. El cuadro del cielo. No puedo. El perfume y el café caliente. Luz neón en el pensamiento. Visceras hechas nudo. El amor polvoriento y enredado. La pulsera en una mano. La pulsera encarnada. La mano gangrenada. La mano de madera. La cama manchada de sangre. Las manos tiemblan. El cuarto de hotel. Sales corriendo al pasillo. Una mujer de rojo con un machete en la mano. Pasa corriendo a tu lado. Se miran.

Grita.

La ventana.

Las cortinas.

La luz.

La mujer se arroja por la ventana. El machete rasga las cortinas. Los vidrios salen volando. La mujer desaparece y un montón de luz se cuelga entre cristales y cortinas rotas.

Cegada. Te cubres la cara. El grito de la mujer se escucha todavía. Rechina. Frena. La luz se vuelve una línea en un túnel y estás sentada en el tren. Te descubres los ojos. Y los dedos de tu mano de madera. Casi se han unido.

La pulsera sigue encarnada.

La mano se vuelve una masa putrefacta. Las puertas del tren se abren.

—Es tarde... ¿Ya habrás llegado?

Salgo del tren. Te busco. No te veo. Camino y luego de unos pasos regreso al mismo lugar.

—¿Qué hora será?

Esos relojes siempre están descompuestos. No recuerdo la hora de nuestra cita. Te veo a lo lejos. Y no. Ya no me gusta tu caminar.

VI. VOMITAR CHORROS DE LUZ

—¿Qué pasó? Llevo rato esperándote.

—El tren venía muy lento.

—No te preocupes.

—Mira, me lastimé la mano. Seguro fue por la pulsera.

—¿Y la pulsera? Ya te la robaron.

—No, ¿cómo crees? Me hubiera dado cuenta.

—Vamos al de siempre, ¿no?

—¿Qué?

—Al hotel de siempre. Tengo prisa.

—Tienes que volver al trabajo.

—Sí. ¿Cómo sabes?

—¿Qué ves en mi mano?

—Nada.

—¿Seguro?

—¿Vamos?

Caminamos juntos pero sin ninguna relación. Me arañó las manos. Aprieto las muelas.

—Anoche reacomodé mi cuarto.

—Por fin.

—Sí.

La conversación se esfuma. Tengo tanto qué gritar.

A veces siento que estoy hablando sola.

Busco la carta que escribí. Seguro se me cayó.

—Tengo una torre de hojas que voy a reciclar.

—Órale.

El atardecer siempre me ha parecido indefinido.

No hay mucha luz de día y tampoco hay mucha luz artificial.

—¿Traes lentes oscuros? No aguanto esta luz.

—Sí. Toma.

Las cuatro manos sobre la mesa. Tazas. Cigarros. Cenicero.

Olor a café. Un fuerte olor a café.

—No aguanto esta luz.

—Ana, no cambies el...

—No voy a seguir hablando de esto.

—No te quiero hacer daño.

—Eso lo decido yo.

—Ana...

Tu café a su cara.

—Siempre fumas y tomas café. Pero
somos unos animales. No seas
cobarde.

Tomas un cuchillo de la mesa.

—Yo no soy un animal.

—Yo no estoy aquí. Este cuerpo no es
mío. ¿No te has dado cuenta?

Antes de que puedan detenerte, clavas tu mano a la mesa
con el cuchillo.

—¡Ana! No mames. ¿Qué hiciste?

—¡Cállate! Déjame saborear esto.

El mantel lleno de sangre. Soy parte de la mesa. El corazón se
agita y recuerdo el espectacular en el cielo. El cielo en el
espectacular. El olor del hombre que se electrocutó en él. Mi

sangre corre por la mesa. Olor a sangre y a café. Esa combinación perfecta.

Toma el cuchillo y lo entierra aún más en la mesa. Lo comienza a girar.

Sientes los huesos de tu mano que le van abriendo paso. Algunos tendones se atrofian. La sangre es abundante. Movimientos involuntarios. El corazón se agita.

—Ana, ¿qué hiciste?

Gira con más fuerza el cuchillo.

—Yo sé que tú también lo estás disfrutando.

La sangre corre. El cuerpo frío. El desmayo. La ambulancia. La policía. Anatolle detenido. Mis tendones atrofiados. Ya nunca aprenderé a tocar guitarra. Mi recámara. Mi cama. El dolor de la mano. La tomo y la aprieto. Te extraño. Te recuerdo y te amo en la medida en que me dueles. Te extraño porque no tengo nada que ganar y nada que perder. Sólo la movilidad de los huesos.

—Ana, has abierto la caja de Pandora.

—Me he vuelto bondadosa.

—¿Ana?

—¿Sí?

—Quiero romperte las piernas.

—¿Y cómo correré?

—Tú no corres.

—Mis piernas son suaves. Débiles.

Vulnerables. Tuyas.

Mis piernas. Tus manos. Los golpes. La piel amoratada. Tu lujuria. Mi malestar. Tu deseo. Me da igual. Rómpelas.

Rómpelas. Rómpelas. Tengo las piernas intactas y tú duermes como un ángel.

—Ana, has abierto la caja de Pandora.

—No me puedo detener.

—¿Ana?

—¿Sí?

—Quiero comerte.

—¿Y si no tengo buen sabor?

—No espero que sepas bien.

—Soy muy débil. No me podré defender.

Mi carne. Tus dientes, Me muerdes. La piel enrojecida. Tus espasmos. El sudor en la frente. Ni siquiera hay sangre. Mastícame. Mastícame. Mastícame. Tengo tus dientes marcados y tú ni un trozo de mi carne.

—Ana, has abierto la caja de Pandora.

—No me puedo detener.

—¿Ana?

—Ya no voy a tomar pastillas.

—Quiero...

—No lo digas, hazlo.

—¡Ana!

—¡Eres un maldito cobarde!

Mi vientre. Tus puños. Siento mi estómago revolotear. Tus rodillas en mi abdomen. El suelo en mi cara. Tú sobre mí. Mi cara, el suelo y un poco de sangre. Tu violencia. Me gusta. Entrás en mí y siento que me revientas. Tu mano en mi cabello. Levantas mi cabeza y la azotas. Me azotas. El suelo,

la sangre y mi cara. El suelo, la sangre y mi cara. El suelo... la sangre... mi cara... Un zumbido.

—He escrito muchas cartas para que cuando me dejes las leas todas.

—Las quiero leer ahora.

—No, Ana.

—¿Por qué no?

—Porque no me vas a dejar nunca

A cambio me diste quinientas cartas de amor. Quinientas hojas de papel. Las cuento y las acomodo por fecha. No sé por qué son exactamente quinientas. Están llenas de letras y no me dicen nada.

Desperté con la cama llena de cartas. En desorden. Me cobijan. Me rasgo la herida. Me sangra y me unto sangre por todo el cuerpo. Mancho las quinientas hojas con mi sangre. Miro todas las luces de mi casa. Quiero que tú también sangres. ¿Por qué no suben a vender machetes al metro? Desenrosco una bombilla y la pongo en mi pecho. Me quemas, Anatolle. Nunca debiste mirarme. Quiero un machete. Quiero saber a qué sabes. Te quiero dentro de mí para siempre. Voy a escribir mi propio crimen pasional.

Despierto.

Abro los ojos. No estás.

Despierto.

Cierro los ojos.

No llegaste.

Despierto entre hojas por todo mi cuarto. Ya no vienes. Despierto cada vez que puedo. He adelgazado. No tengo dinero. No puedo dejar de hacer cuentas. Ya no te veo. Has entrado a trabajar. Eres fotógrafo, no un oficinista. Me trajiste las fotos que me habías tomado. Todas impresas.

Borraste los archivos. Rompiste los recuerdos. Yo los quemé todos.

- Estoy cansado.
- ¿Ya no quieres venir a mi casa?
- Tu casa ya no me gusta.
- ¿Cambiaste de perfume?
- Se acabó. Lo discontinuaron.
- Ya no me escribes cartas.
- No tengo tiempo.
- ¿Dejaste de fumar?
- Ya no quiero los dientes amarillos.
- ¿Ya no quieres jugar?
- Estás llena de cicatrices.
- ¿Eso te importa?
- Se te está cayendo el cabello.
- ¿Ya no quieres verme llorar?
- Ya no lloras nunca.
- Ya no me haces llorar como antes.
- Te has vuelto...
- Sólo dejé de tomar pastillas.
- No puedes controlarte.

No, ya no puedo controlarme. Las hojas aventadas por todo el cuarto. Las bombillas a la mierda. Mi cuarto a la mierda. Lluvia de muebles. Lluvia de luz. Corto circuito. Voy a hacer explotar la tele a patadas. Todos los de la tele son tú. Los de mis sueños. Los de mis pesadillas. ¿Dónde está el crimen pasional que me prometiste? ¿Dónde estás? ¿Dónde estuviste?

—Salí a contestar una llamada.
—Siempre tienes una llamada que
contestar.
—Estamos mal.
—¿Según quién?
—Entiende...

Escucho otro nombre. Me dices otro nombre. Algo me hunde en el aire denso. La luz comienza a correr a mi alrededor. Siento una lluvia de luces. La bombilla estalla. El transformador de afuera de mi casa. Estalla. El silencio abrumador. No sé cómo reaccionar.

—¿Estás enamorado?
—Ana...
—¿Estás enamorado?
—...
—¡Contéstame!
—No sé qué pasó... un día desperté psicópatamente, desquiciadamente y enfermadamente optimista... Desde entonces me volví irónicamente positivo... Despiadadamente feliz... y ya estoy hartado de esto.
—Estás enamorado.
—Porque también en la felicidad está el caos y el caos es una cosa que me sienta muy bien... Pero ya no lo quiero vivir contigo.

Grito hacia adentro. Los ojos desorbitados. Me tiemblan las piernas. Me tiembla la cabeza.

Coge con quien quieras, pero no te enamores. No me ames pero no me dejes. Era un pacto.

La luz pasa por la ventana del tren. Sonidos de metales resuenan y parece que van a reventarme los oídos. De cuando en cuando las luces se aproximan a toda velocidad y al estar frente a mí se detienen. Putos borregos de luz. Son unos lobos. Tienen dientes bajo la piel de oveja luminosa. Pasa uno. Viene otro, me mira y se va. Otro, me mira despacio y se va. Otro, me mira con toda calma y se va. Todo se vuelve lento. La luz de la estación.

De nuevo tarde. No debí salir de mi casa hoy. Tengo esa sensación... esa sensación que sólo se tiene en los días de desgracia. Esa sensación de que me vas a dejar. He oído la luz de tu teléfono cada vez que esa perra enamorada te marca, te manda mensajes y te pide que le digas cosas lindas. Tengo una extraña sensación de que hoy no regresaré a casa. Y que tú...

El tren llega a la estación.

Mi mano es madera totalmente. La pulsera encarnada. No la vas a poder quitar. No me vas a poder dejar. No me vas a dejar.

Me levanto. Al salir del tren, éste se queda sin energía. Descansa. Descanso. Te veo. Tienes el teléfono en las manos. Yo tengo una mano de madera. Y en vez de corazón un enredo de cables de alto voltaje.

VII. YO SOY NEÓN. POLVO QUE TIENE LUZ

—Tardaste mucho, Ana.

—El tren venía lentísimo.

—¿Qué te pasó en la mano?

—Nada. Seguro fue por la pulsera que me diste.

—¿Y la pulsera? ¿Te asaltaron?

—No, ¿cómo crees? Ni me acuerdo. Se me olvidó. Vamos al de siempre, ¿no?

—¿Qué? ¿No íbamos a ir por un café?

—Te amo.

—No es cierto, Ana. Lo sabes.

—Dame una última vez en el hotel de acá enfrente.

—Ana, por favor. Tengo que regresar al trabajo.

—Ese trabajo es una mierda. Lo sabes.

—Tengo que vivir de algo.

—Eres un artista. De eso deberías vivir.

—Sólo quiero decirte...

—No aquí. Por favor. Anda...

El hotel. La recepción. La habitación. No hay nadie en las otras habitaciones. Veo de espaldas a una mujer de rojo que comienza a llorar y baja las escaleras. No le veo la cara pero sé que está llorando. ¿Quién llora en un hotel? Yo quiero llorar. Las manos me tiemblan. Siento mi vientre como si fuera un transformador de luz.

—¿Te acuerdas cuando coleccionaste guantes que te encontrabas?

—Sí, tengo las fotos.

—¿Esa ventana ha estado rota siempre?

La ventana. Las cortinas cortadas. Los vidrios desquebrajados. Luz. Pupilas contraídas.

—¿Qué hora es?

—Hora de apurarnos.
—¿Traes lentes oscuros? Me molesta la luz natural.
—¿Pasamos?
—¿Qué le hiciste a los guantes?
—Los fotografié y los tengo guardados.
—¿Es extranjera?
—¿Qué?
—¿La vieja con la que sales?
—No vine a hablar de eso.
—Mira mi mano.
—¿Qué tiene tu mano?
—Vértigo.
—¿Eso qué quiere decir?
—A mi pulsera se la comió la madera. Nunca me la he quitado. Nunca me he enamorado de otro.
—Ana...
—¿Es extranjera?
—Sí.
—¿Si yo fuera extranjera me dejarías?
—Ana...
—Deja de decir mi nombre.
—Quiero hacer otras cosas. Simplemente tenemos que terminar con esto.

En mi casa las cartas con sangre envejecen. Se empolvan. Se degradan. Desaparecen. Ahora recuerdo las frases que decían cada una. Quinientas hojas con tinta tuya y sangre mía... No. Ya no recuerdo qué decían.

La mano comienza a dolerme. La herida. Lo morado de ella.
Morado de luto. Madera morada.

—Algo me pasa. Me quiero sentar.
—Conocí a alguien que... es... normal.

—¿Normal?

El café de las primeras veces. Abandonado. Los cristales rotos. Las mesas tiradas. Las tazas quebradas. El polvo sobre todo. Los candados. Los letreros apagados. La quiebra. Mi mano. La herida. Madera. Mi mano se empuña. Se endurece. Pierde vida. Pero siento que tiene toda la fuerza del mundo.

—¿Normal? Es porque es extranjera. Te conozco. Mira mi cuerpo. Es tuyo.

—No digas eso. Todo fue un juego. Se acabó.

—¿Y así de fácil me corres de tu vida? ¿Sólo eso merezco? Bésame y verás que...

—No, Ana. Estoy enamorado. Quiero intentarlo. Nosotros nada más nos vamos a...

—¿Destruir? ¿Eso te da miedo?

—Me da miedo olvidar quién soy.

—Yo lo olvido todo el tiempo.

—Me da miedo olvidar cómo amar, querer...

—El odio es más puro. Nunca nos vamos a olvidar.

—Con el tiempo...

—Las caricias que se hacen bien se pueden sentir siempre, aun después de dejar de sentir. Yo iba a ser tu crimen pasional.

—Todo fue un juego.

—¿Cómo es ella? ¿Cómo ser para gustarte de nuevo? No quiero estar sola.

—No siento nada por ti.

El espectacular se desliza. Los focos revientan. Lluvia de chispas sobre mí. El cielo se apaga. Las chispas como fuegos artificiales estallan en todas direcciones. El cielo ya no es el cielo y quisiera guardarlo en mi bolsillo para no verlo nunca más. La luz cae sobre mí y me quema. Es caliente y reconfortante. El espectacular se desgaja. Se deteriora. Se apaga.

Se apaga.

Se apaga.

De mi mano de madera sale lo que parece ser un machete.

¿De dónde lo saqué? No lo puedo soltar.
Tengo esa sensación que no quería sentir.

—¡Tú vas a ser mi crimen pasional!
—¿De dónde sacaste eso?

Tengo polvo en el pecho. Cables. Focos rotos. Lanzo el primer golpe sin asestar. Debería sentirme de otro modo. Te alejas de mí. Te alejas de mí. No puedo soltar el machete. El cuarto es muy pequeño. Pronto te acorralo. Electricidad corre por mi espalda. Lanzo otro golpe y lo vuelvo a fallar.

—Anatolle. Te odio tanto como te amo. ¿Qué hago?

Asesto el primer golpe. Yo soy el arma en mi mano. Segundo. Seguro gritas pero no escucho nada. Soy la calma, el respiro y las gotas del corazón roto. Otro golpe. Soy el arma en mi pecho. Un golpe más. La sangre comienza a escurrir por todas partes. Los gritos seguro se cuelan por las paredes.

—Nunca debiste cruzarte en mi vida.

El brillo del machete me ciega. No lo puedo controlar. Me lanzo sobre ti. Te tiro a la cama. Y comienzo a machetearte con todo mi amor. Con todo mi odio. Regalando mi poca energía. Ofreciendo lo poco que me queda... Uno. El impacto en los huesos y la respiración agitada. Dos. Soy un mar rojo que cubre al asfalto seco. Tres. Soy el arma hundida entre tu mar caliente. Cuatro. Soy la sonrisa temblorosa. Cinco. Soy el arma brillante, los trozos y el último palpar. Seis. La sonrisa de metal. Siete... La cabeza deshecha. El cuerpo sangrando. La cama manchada de sangre. El pecho agitado. Una sonrisa.

Yo soy tu crimen pasional.

Ya no te vas a levantar.

Ya no me vas a dejar.

Te voy a extrañar.

VIII. LUZ QUE CRUJE

Salgo de la habitación. La alfombra manchada de sangre. Me encuentro en medio del pasillo y necesito aire fresco. Una mujer vestida de rojo sale de una habitación. Me mira. La miro. Nuestros ojos casi chocan a la distancia. Me recorre de arriba abajo. Creo que la conozco. Pero. Aún tengo el machete en la mano. No lo puedo soltar. Ella me mira y se va, asustada. No puedo soltar el machete. No puedo dejar de empuñarlo. No puedo dejar de sentirme tan bien.

Corro a la ventana. Grito. Empujo las cortinas. Quiero vomitar. Las cortinas se rasgan. Empujo la ventana. El machete rompe algunos cristales. Un montón de luz colándose entre cortinas y cristales rotos. No puedo vomitar. No he comido nada en tres días. Saliva.

Sólo escupo saliva.

Desde la ventana alcanzo a ver a Anatolle que llega con esa estúpida extranjera. El machete se une más a mi mano. Tengo que bajar. Corro por mis cosas a la habitación. Intento abrir. No puedo.

—Espera, alguien quiere abrir la puerta.

—Di la palabra o dejo que entren.

Es Anatolle. Está con ella. ¿En qué momento entraron? Me meto a la habitación de al lado. Los escucho un poco. Pero luego recuerdo que ellos están subiendo y salgo corriendo para ir a la recepción y volver carne molida a esa extranjera. Voy descalza. La alfombra en las plantas desnudas. No sé por qué voy descalza.

Corro. Bajo las escaleras. Bajo un escalón, dos escalones a la vez, tres escalones a la vez. En cada descanso salto para avanzar más rápido. Se escuchan pasos. Alguien sube.

—¿Y si es él? ¿Si es él que viene con esa mujer ordinaria?

Ya no se escucha nada. O era el eco de mis propios pasos. Sigo bajando. Llego hasta la recepción. No hay nadie. La luz de la puerta. Ya no hay rastro de su olor. Camino rápidamente por la calle. Cruzo casi sin fijarme. Llego a la estación de trenes. No traigo boleto. Sí. Sí traigo boleto. Entro.

El tren pasa y ya no sé para dónde corro. El machete y mi mano son inseparables. No lo puedo soltar.

El espectacular cayendo lentamente.

El abandono.

Me subo al tren. Casi sin pasajeros. En algún momento se ha hecho de noche.

El café en quiebra.

Las mesas tiradas.

El lugar de una cita hecho mierda por el tiempo.

Me quedo parada en medio del tren. Las luces parpadeantes me reciben. No suelto el machete. Él no me suelta a mí. Tu perfume en mi cuerpo. Huelo a tu perfume. Mi vientre con sangre. La sangre de mi vestido huele a tu perfume...

—¿Dónde estás?

Las puertas se cierran. El tren comienza su marcha. Tengo una extraña sensación de que no voy a regresar a casa esta noche. Siento alta tensión en cada vena de mi cuerpo. Estoy sudando. Siento la sal en los ojos. Siento que me vas a dejar. Siento que quiero llorar. El tren toma velocidad. Estoy mareada.

Volteo a los lados y siento que cada ventana del tren es un espejo. El espejo de un intento de suicidio. El espejo de un hotel. El espejo de mi maquillaje. El espejo del techo de nuestro hotel. El espejo de mis gritos. En ninguno estoy yo. Yo no soy ninguna de ellas. Todas me miran. Todas con sus vestidos rojos. El machete se calienta. Me causa un inmenso dolor y no lo puedo soltar.

—¿Qué te he hecho, Anatolle?

Las sábanas llenas de sangre. Tu cámara tirada en el piso. Tus manos mutiladas. Tu pecho molido. Tu cara deformada.

—¿Qué te hice?

Yo no siento. Yo no veo. Yo no soy. La cama manchada de sangre. Te beso la cara deshecha y no te pido perdón. Nunca me vas a olvidar y yo tampoco.

Miro al piso y veo un charco de sangre en el que me reflejo. Mi cara llena de sangre. El machete en las manos.

—¿Qué te hice?

La mirada al frente. Por ambos lados del tren pasan los borregos brillantes. Corderos con piel de oveja brillante. Se burlan de mí. Cada vez son más rápidos. Siento que todo da vueltas. Que este tren va para todas partes. Que este tren da vuelta en círculos. Que los círculos se reducen. Que estoy reducida a polvo. Polvo de luz neón. Las luces a mi alrededor. Las luces en el techo. Las personas del vagón corren asustadas al otro extremo. Las ráfagas de luz. Sus ojos asustados. La velocidad de la luz. Miran aterrados el machete lleno de sangre. Luz. Luz que se extiende en mi garganta. Luz. Náuseas. Luz. El charco de sangre bajo mis pies. Luz. Me resbalo en el charco de sangre y miro sólo luz a mi alrededor. Luz. Luz. Luz. Luz. Luz. Luz... luz... luz... luz... luz...

Luz... Luz

LuZ... LUz...

LUZ...

LUZ...

Llegamos a una estación. No sé cuál es. Salgo del tren. Todo se mueve. Salgo de mi casa. Todo da vueltas. Anoche reacomodé mi cuarto y me fumé catorce cigarros. Dormí dos horas. Hace tres días que no como. Al salir, el transformador de afuera de mi casa ya no hacía ruido. Compré un machete y vine hasta acá. Lo compré para ti. Tú eres mi crimen pasional. El tren se va... miro al andén. Veo irse el tren. Y viene otro. Tengo esa sensación de que hoy no voy a regresar a mi casa. Ni quiero.

Las luces del tren iluminan el túnel. Se aproxima.

Tus cartas. Quinientas, repletas de letras. Quinientas que decían sólo un montón de frases vacías. El tren se acerca más. Las cartas apiladas. Las cartas llenas de sangre. El tren anuncia que está entrando al andén. El machete se desprende de mi mano. Mi mano cae un poco después. La pulsera cae con ella. Siento el cielo en mi bolsillo. El tren entra al andén. Huele a café y a tu perfume. Escucho el crujir de las llantas en las vías. Escucho la electricidad... Mis pies dejan de tocar el piso. Me impulso y parece que los ojos del conductor y los míos van a chocar. Mi cuerpo estrella el vidrio de la cabina del tren. El enredo de mi estómago desaparece. El impulso del tren me hace volar varios metros. Ya no tengo ninguna sensación. Caigo entre las vías. Reboto. Mis huesos rotos. Mi cráneo fracturado. Giro entre las vías. Quedo boca abajo y no puedo

respirar. Un ojo con cristales. No siento nada. Respiro con dificultad. No debí salir de casa. ¿Dónde estás, Anatolle? Para que me vieras... Definitivamente no voy a llegar a casa. La electricidad de las vías. El zumbido permanente. La electricidad, el metal, mi sangre y la invitación. Toco una vía y una descarga me recorre. Setecientos cincuenta voltios de luz. Y me vuelvo mil cartas de amor. Exploto en luz. Vuelan cientos de cartas.

Yo soy luz.

Soy luz.

Soy sólo luz.

IX. EL VÓRTICE DE LUZ

De ella comienza a salir humo.

La sangre hierve.

Las luces del túnel dejan de parpadear. Luego se apagan.

Él en la cama.

La sangre se coagula.

Las luces del hotel se prenden.

Se enciende. Se incendia. Ella se enciende.

Él inmóvil.

Luego de una larga agonía, lanza su último suspiro: *Ana...*

Ella, calcinándose y desangrándose, dice muy despacio: *Anatolle...*

Del cielo espectacular comienzan a llover cartas de despedida.

En los cafés abandonados los fotógrafos beben perfume para transpirar amor.

Los transformadores explotan y comienza la fiesta de lluvia de luz.

Corto circuito en las cabezas.

Los nudos en los estómagos.

La sangre de luz radiante.

Corazones bombillas brillantes.

Los trenes que van y vienen.

Ovejas color neón.

Intentarlo de nuevo.

Fracasar una vez más.

Ser electricidad

y morir a velocidad luz.

Todo se ilumina.

TODO.

LA VELOCIDAD DE LAS PALABRAS

David Herce-Kiawtletl²

Arterias en espiral para un recuerdo con luz neón, es acaso un poema a la vertiginosidad o, más específicamente, al vértigo. El texto es una montaña rusa de palabras, de emociones en picada, de ideas torcidas, de tiempos superpuestos en varias direcciones, de deseos contrarios, de pensamientos sinuosos... ¿No es verdad que al menos por breves instantes de nuestra vida –breves instantes para los más venturosos– nos hemos sentido así, como atacados por nosotros mismos, confundidos por nuestros propios pensamientos, recuerdos y expectativas?

Esta obra, más que transcurrir en tiempo y espacio, transcurre en tiempos y luces. Tiempos que se superponen a merced de los deseos, de los miedos, de los arrebatos. Luces que determinan el estado, la acción o la inacción. Luces como ráfagas, flashazos. O detenidas, murientes, parpadeantes hasta la desesperación.

Arterias en espiral para un recuerdo con luz neón, es absolutamente una obra actual, que responde y corresponde con su tiempo con una dramaturgia audaz y propositiva y sobre todo eficaz.

Actual por la velocidad con las que se engarzan sus palabras, sus diálogos, sus escenas. Su estructura de entrecruces responde a la rapidez cibernética que ha llenado de esquizofrenia a la humanidad. Es al mismo tiempo una respuesta y una crítica a la época contemporánea. No hay tiempo para pensar, hay que actuar, o por lo menos *teclear*; manifestarse inmediatamente antes de que aquello en lo que queremos participar deje de tener vigencia. La sucesión de imágenes, de eventos, de ideas, de paradigmas, de deseos, de gustos, de estados; todo es inmediato, fugaz, caduco, y por lo tanto, carente de sentido.

Un texto actual por la soledad, el vacío, la nada, el sinsentido. Cada vez más, la vida carece de significado. Como diría el filósofo Jean Baudrillard: la vida ha sido

² Actor, director y dramaturgo. Licenciado en Literatura dramática y teatro por la UNAM. Docente de la Licenciatura en Teatro en la UAEM. Ganador del Premio Nacional de Dramaturgia Joven Gerardo Mancebo del Castillo 2005 por la obra *Los cuatro cantos de la bestia*. Ha dirigido las obras *Colores*, *Volar* y *I love Sodoma*, entre otras.

asesinada y ante nuestros ojos solo se expone su simulación. Pero surge algo en nosotros, algo tal vez primitivo que como medida de defensa, ante la falta de razón del existir, busca, paradójicamente, la autodestrucción. Ana, la protagonista, es aquí el arquetipo de este impulso primitivo de autodestrucción ante el sinsentido de la vida contemporánea. Pero dicho impulso, aunque primitivo, sigue siendo humano, y por lo tanto procurará que la destrucción se extienda más allá de sí mismo.

DOSSIER

Laura Muñoz

















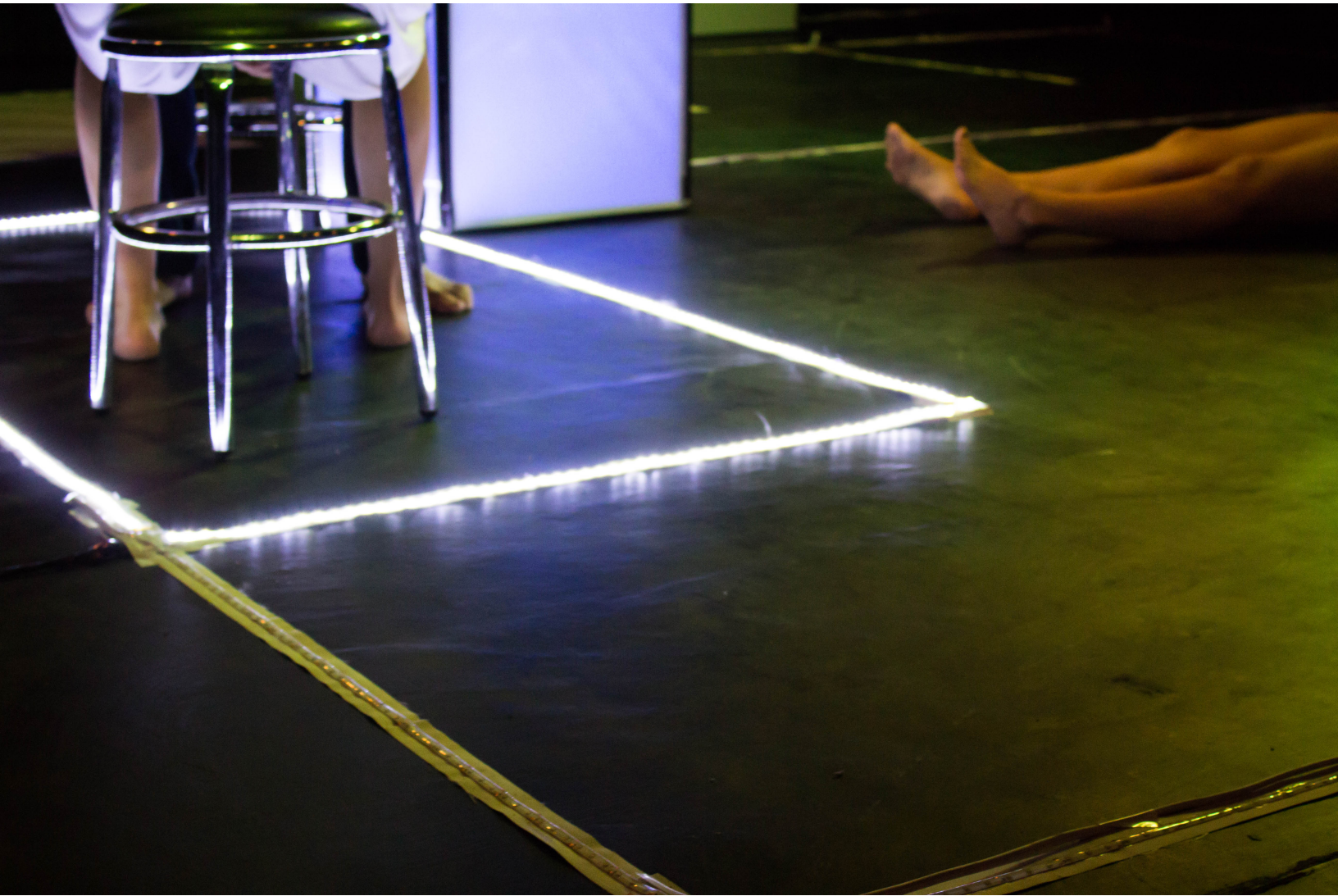


























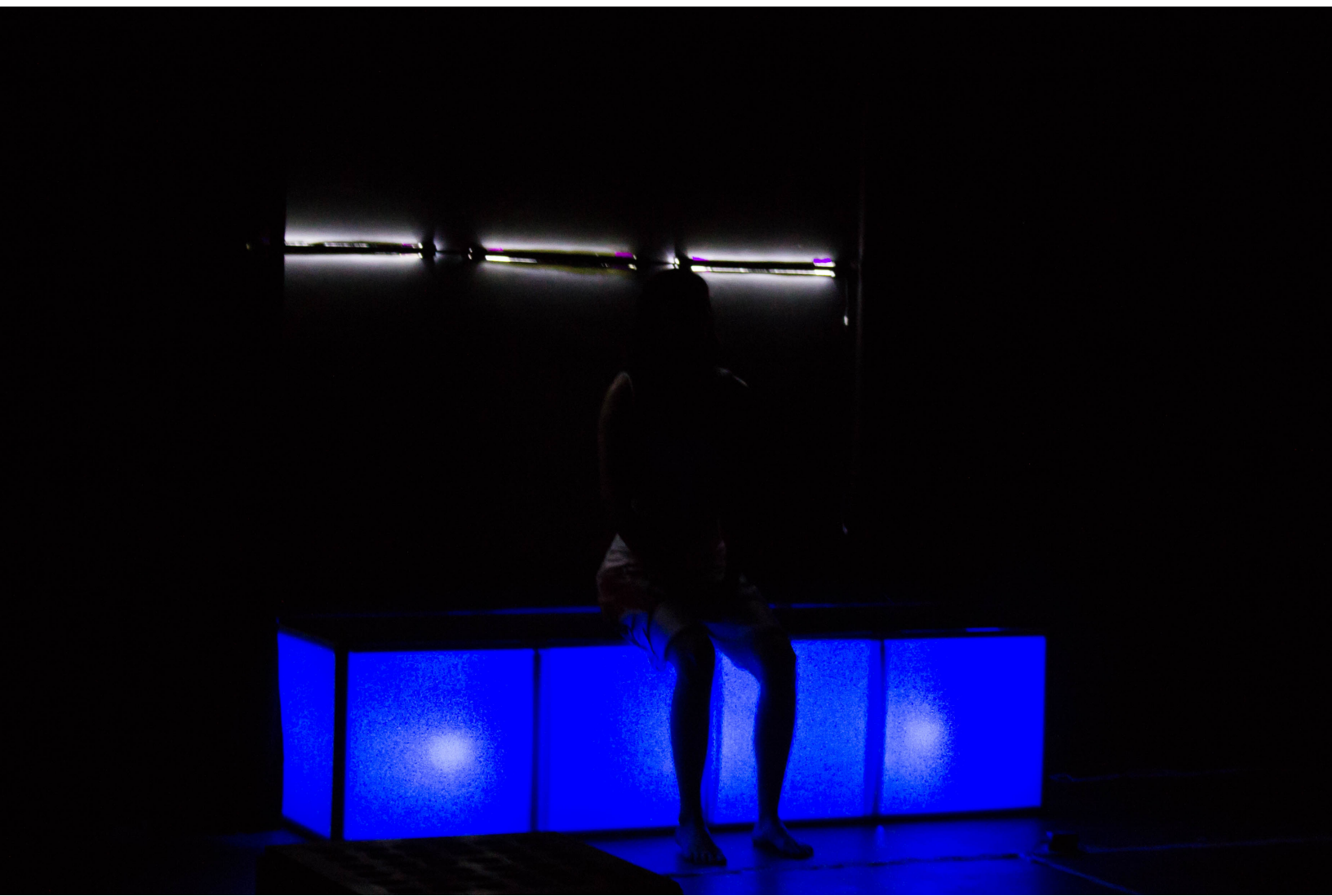






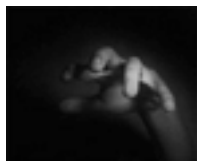








EDITORIAL



ANTROPÓFAGOS